

EL DILEMA

—Comprendo que le extrañe mi visita. En realidad no es muy frecuente ver que un individuo va a visitar al amante de su esposa y le habla con tranquilidad suma, con absoluto sosiego, sin los gestos trágicos, sin los denuosos, sin las amenazas y lamentaciones de rigor en odio marido calderoniano. Mi visita se reduce a hacerle una proposición.

Calló Eduardo unos momentos, fija la vista en la leña que crepitaba en la amplia chimenea de blanco mármol. Las llamas, alongaban las sombras haciéndolas bailar en su movilidad una danza fantástica, llena de retorcimientos y de convulsiones. Y en los rostros de ambos hombres, rojizos a su resplandor, fingían gestos bruscos, muecas extrañas.

Félix observaba atentamente al marido de su amante, no repuesto aún del estupor que su visita le produjo.

—Yo me casé con Laura—continuó Eduardo—completamente, absolutamente enamorado de ella. Desde el primer momento me cautivó. Me cautivó con la musicalidad de su voz, con el brillo fascinante de sus ojos de luto, con la perfección maravillosa de su cuerpo de estatua. Ella era buena. Fué siempre buena. Hasta que le conocí. Cuando usted se interpuso en el camino de nuestra dicha, se olvidó ella de sus deberes de esposa. Fíjese bien en que ésto no quiere decir ni mucho menos que haya dejado de quererme. Me quiere igual que antes. Ahora que también le quiere a usted. Para usted ha hecho surgir en su corazón un nuevo cariño que en nada amengua el que por mí siente. De poder, hubiérase formado otro cuerpo y otra alma para dárseles a usted. No pudo. De ahí que usted y yo compartamos los que tiene; de ahí que ambos tengamos que besar la misma boca, que gozar las mismas caricias; de ahí que sea para ambos la musicalidad de su voz, el brillo fascinante de sus ojos de luto, la perfección maravillosa de su cuerpo de estatua... Si usted fuese un amante resignado y yo fuera un marido complaciente, la cuestión estaría resuelta. No es así, por fortuna. Usted me detesta; lo sé por sus cartas a mi mujer. Yo, le odio con toda mi alma. Usted tiene celos—unos celos lógicos—de mí; yo, de usted... El asunto, pues, está bien claro: uno de los dos sobramos. Usted es valiente. Todo el que se burla de un hombre honrado, jugándose la vida en esa burla, es un valiente. A mí no me suelen temblar las manos...

Hablaba con todo sosiego, sin alteraciones en la voz, sin un gesto descompuesto, sin un ademán vio-

lento. Félix asentía con leves movimientos de cabeza, plegados los labios en una mueca, fruncido el entrecejo, agarrotados los dedos en los brazos de la amplia butaca.

—Pero—continuaba aquél—no nos hagamos ilusiones: en este duelo no se gana sino la vida. Nada más que la vida. El amor de Laura, no. El vencedor la verá llorar días y días por la muerte del otro; la verá consagrada de por vida al recuerdo del muerto. Y entre su cuerpo y el de Laura, entre su alma y la de ella, notará, como algo tangible el espíritu del ido. Siempre, siempre... No, no nos hagamos ilusiones... Pero hay que proceder a la eliminación. Es necesario, absolutamente necesario, ¿no? Usted y yo nos odiamos; usted y yo sentimos unos celos crueles, ¿verdad? Uno ha de desaparecer... Mañana, a las seis de la mañana, al final de Princesa, junto a la Cárcel. Ya elegiremos sitio—terminó levantándose.

—¿Armas?—interrogó Félix.
—Las que usted lleve.

—Buenos días. ¿Le he hecho esperar mucho?

—Nada. Además faltan diez minutos para las seis.

—¿Vamos?

—Vamos.

Echaron a andar hacia la Moncloa. Caminaban en silencio, emparejados.

—¿Un pitillo?

—Gracias.

Nevaba. Grandes copos caían blandamente, silenciosamente, y, a su través, se difuminaban los objetos. El Guadarrama, allá a lo lejos, pugnaba por destacar su silueta orgullosa a pesar del espeso tul que la nieve formaba ante él.

Anduvieron por senderos extraviados largo rato. La nieve crujía sorda bajo sus pies, interrumpiendo el solemne silencio de aquellos lugares en tales horas. Eduardo se paró de repente.

—¿Es bueno este sitio?—interrumpió.

—Admirable. Aquí están las pistolas. Exáminelas.

—No es preciso.

—¿Cuántos pasos?

—Diez, ¿no?

—Bien.

Se despojaron de los abrigos, de los sombreros.

—¿Mide usted el terreno?

—Uno, dos, tres, cuatro...—contó Félix mientras medía.

—Ya. ¿Estamos?

—A su disposición.

Frente a frente los dos hombres se miraron fijamente. Espacio, muy espacio se elevaron sus brazos armados.

—Cuenta usted hasta tres, ¿quiere?

—Invitó Eduardo.
Y la voz de Félix resonó potente:

—Una... dos...
Un grito, un grito extraño rasgó el aire como un cuchillo: un grito ronco, desgarrado, de terror supremo, de infinita ansiedad. Y Laura, loca, horrorizada, se precipitó entre los dos hombres, mirándoles alternativamente con ojos desorbitados, llenos de espanto.

—...Tres—dijo Félix.
Un sonido seco, un grito ahogado y la mujer rodó por el suelo, tiñendo la nieve de rojo...
H.

Anomalías sociales

LA ADULACIÓN

En mala hora se le ocurrió a la bella y fascinadora Cleopatra ponderar la hermosura varonil de Marco Antonio. Pronto cayó rendido el ilustre triunviro, el caudillo valiente, el hombre de acero, a los pies de la débil mujer. En el carcaj de amor de la reina gentil no podía faltar la flecha favorita, que hace blanco seguro en la mayoría de los hombres: la que proporciona a la mujer sus éxitos rotundos, la que dirige tranquila y segura al punto flaco del hombre: a su vanidad.

Es ésta, atributo que se achaca comúnmente a la mujer. Por muchos es considerada como símbolo de femineidad; y, no obstante, la realidad demuestra a cada paso la inexactitud de tal creencia. El hombre más austero lleva enroscada en su corazón, con más fuerza que la mujer, la yedra de la vanidad. La mujer es vanidosa en la forma. Lo es por inconsciencia. El hombre es vanidoso en el fondo. En ambos, la vanidad es producto de una deficiente educación social. La madre y el maestro, en sus nobles halagos, son los primeros encargados de sembrar esta planta en la conciencia del infante. Al hacerse hombre, pierde el niño virtualmente este defecto; pero está ya tan arraigado en su corazón, que durante toda la vida lucha difícilmente por extirparlo. El hombre más ecuánime lleva inculcada la vanidad en lo más íntimo de la subconsciencia. Tara fatal, funesto prejuicio, que no lo sería tanto si de ello no se aprovechara astutamente para medrar, desenvolverse, subir y vencer el adulador.

Adular. Triste misión la del hombre que adula. Camino corto, pero sucio, para vencer en las luchas humanas. Yo, más que despreciar, compadezco al adulador. Lo compadezco, porque para la fácil y cómoda consecución de su cometido, precisa herirse en lo más sagrado de su ser, extirpando en su espíritu la bella y fragante flor de la libertad, de la independencia, de la iniciación... Vi-

ve constantemente sujeto a la voluntad de las personas que adula, encadenado al capricho de aquéllos que halaga en su vanidad, no por espíritu de justicia, sino por ruindad de ánimo y con el fin egoísta y premeditado de captarse su voluntad.

No todos los hombres pueden ejercer la adulación con éxito halagüeño. Es facultad difícil de conseguir, y por tanto exclusiva de los menos. El adulador hace de su indigna misión, un arte complicado y vastísimo, y aunque posee escasa cultura, pues el saber suaviza vicios y defectos originarios, acercando el hombre a Dios, precisa de fina inteligencia—más que inteligencia astucia—, para desenvolver esa serie de procedimientos tan extraordinarios que le procuran sus grandes victorias, aun en el campo llano y limpio de los hombres ecuánimes, sinceros y justos.

Esto es triste y apena el ánimo, pero es cierto. El honrado cumplidor de su deber, pero austero, cae vencido en las luchas humanas por el adulador hipócrita, que triunfa siempre, que se eleva, se arrastra, se dobla hasta conseguir su cometido, sin reparar en medios, sacrificando ideas, afectos y amistades. Mientras la cultura no reine en todos los espíritus, es imposible arrancar del hombre la vanidad, y al amparo

de la misma vivirán holgadamente tantos y tantos *Brags Pipaón*, etc., perjuicio y menosprecio de la verdad y de la justicia.

La adulación fué fruto de todos los tiempos. Desde el altivo y soberbio favorito, hasta el vulgar correvedile, se da el adulador en todas las categorías sociales y vive en todos los regímenes. Claro está, que abunda en las autocracias, más o menos despotas, pues siempre es más fácil conquistar una sola voluntad. En las democracias puras se ahoga por insuficiencia física y moral para adular a un pueblo entero.

A todos nos son conocidos los aduladores oficiales y extraoficiales del Tinglado Nacional. En nuestro pueblo podemos señalar con el dedo a los rastros, que asfixian e interrumpen con su baba la labor eficaz de los hombres de buena voluntad en los asuntos públicos y privados. Los hombres justos debieran ir constantemente prevenidos para rechazar enérgicamente los ataques arteros de aquellos indignos; y no olvidar nunca que, por la puerta falsa de la vanidad, se adentra poco a poco en nuestro corazón la musiquilla machacona y terca de la adulación.

Mario Clairac

Mendoza, Impresor.—Valdepeñas

PAÑERÍA Y NOVEDADES

INMENSO SURTIDO EN SOMBREROS

Sastrería

SERRANG

Corbatas y camisas para caballero

Pi y Margall, 11, Valdepeñas

NICOLÁS CALVO RODRÍGUEZ

Procurador de los Tribunales

CORREDOR DE COMERCIO COLEGIADO

Asuntos judiciales y extrajudiciales, particiones de herencia, cobro de créditos, obtención de certificaciones de todas las oficinas públicas, etc., etc. Hipotecas, operaciones de crédito, descuento de letras, compra de valores y efectos públicos y cuantas operaciones se relacionan con la Banca y Bolsa y contratación comercial.

Despacho: Esperanza, 7

Teléfono 63

Andrés Caravantes

DENTISTA

PINTOR MENDOZA, 27 — Valdepeñas

Antonio Vasco Molina

Pintor Mendoza, 8 y 10

Superfosfatos marca **Rio Tinto**. Sulfato y Cloruro de potasa. Sulfato de amoniaco.

Máquinas de escribir. Escopetas marca **Búfalo**. Artículos de Caza y Pesca, sport y viaje. Relojes. Prismáticos. Esmaltes y semi-esmaltes.

A plazos y al contado

Comisiones y representaciones en general.

Carmelo Madrid Penot

Fábricas de Aceite de Oliva, Orujo, Sulfuro de Carbono y Herraj. Bodegas de Vinos finos de mesa de cosecha propia. Fábrica de Harinas en Almagro.

Se venden aceites finos de oliva y orujos de baja y alta acidez.

Gestión administrativa de la dictadura local

Liquidación del presupuesto 1923-24, último de la vieja política y que constituye la herencia recibida por los dictadores locales (30 de Junio de 1924).	Metálico.	Caja.	15.513'51
		Devolución Hacienda (cobro 5 Abril 1924).	69.349'50
	Pendiente de pago.	166.564'32	
	» » cobro.	209.698'15	
	Superávit, créditos.	43.133'83	
Total superávit, metálico y créditos.			127.996'84

Relación de los seis Presupuestos inmediatos a la gestión del Ayuntamiento de la Dictadura.

1918.	587.258'20
1919-20	615.336'85
1920-21	773.149'08
1921-22	773.149'08
1922-23	771.405'82
1923-24	700.418'42
Total.	4.220.717'45

Relación de los seis Presupuestos elaborados por el Ayuntamiento de la Dictadura.

1924-25	824.000'00
1925-26	740.000'00
1927.	737.000'00
1928.	923.000'00
1929.	830.000'00
1930.	930.000'00
Total.	4.984.000'00

Diferencia, en más, de los presupuestos dictatoriales. 763.282'55

Superávit del presupuesto de 1923-24 (antiguo régimen) 127.996'84

GASTADO, EN MÁS, POR LOS DICTATORIALES. 891.279'39